

La dueña de restaurant

de Pablo Izurieta

Mi mujer salió muy temprano en la mañana y me quedé solo, junto a los ruidos domésticos y los libros sobre la mesa. Solo salí de casa para cumplir con un recado que ella anotó prolijamente en un papelito mientras yo dormía.

El día transcurrió sereno y con la hora trágica de la tarde finalizó mi jornada de esfuerzo intelectual. Por suerte el trabajo se me estaba dando bien y no quería que nada lo arruinara. Ahora necesitaba olvidarme de lo que estaba haciendo por un rato. Así tomaría el impulso necesario para proseguir al día siguiente.

Como mi mujer no llegaría hasta la madrugada empecé a repasar las formas sabidas de matar mi soledad pasajera. Podía asistir a algún espectáculo o buscar un café sereno, sin televisión ni música funcional donde poder leer o escribir una carta.

Alrededor de las nueve y media de la noche salí de mi casa. Vivo en una ciudad que no ofrece demasiados misterios, el centro es muy breve y en pocas cuadras ofrece casi todo lo que tiene. La gente de aquí parece satisfecha con sus sencillos ritos urbanos y vive desde siempre una hospitalidad insincera nacida del exagerado respeto por lo ajeno.

Era un invierno especialmente crudo, inusual en la zona por lo prolongado e intenso. La calle parecía no ofrecer ningún lugar donde guarecerse de manera que renuncié a la idea de caminar sin rumbo, por el simple placer de hacerlo. Por otra parte ya era tarde para ir al teatro y demasiado temprano para la función trasnoche del cine. Pensando en esto pasé por el frente del bar en el que alguna vez escuché a Jeannete, una de las pocas cantantes de jazz de la ciudad, y me metí en él confiado en que con la ingesta mi cuerpo recuperaría el calor perdido en la caminata. Me acerqué a una mesa y mientras al sacarme el abrigo pensé en la correspondencia que existe entre el frío y el hambre, y me acordé de la miseria, que tan cruelmente los une.

Los precios del lugar no eran altos. Finalmente un plato de carne al horno especialidad de la casa me pareció lo más apetecible y lo pedí sabiendo que luego de que me lo hubieran traído terminaría prefiriendo lo que había pedido quien estaba en la mesa de al lado.

Cerca de mí una mujer con una particular cabellera, un tanto desgreñada, esperaba su plato pacientemente. Sus dedos jugaban con el mantel sin la menor señal de prisa. Más aún, parecía no haberla sentido nunca. Pensé que se trataría de una solitaria, y recordé mi antigua debilidad por aquellos al imaginarlos poseedores de algunas fortalezas que los que siempre andan acompañados no tendrán jamás.

Mientras el mozo anotaba mi pedido busqué un diario y me dediqué a observarla.

Con el vespertino local en la mano pensaba en la forma de abordarla; a fin de cuentas era lógico que al cabo de un largo día de silencio tuviera ganas de charlar.

- Le apuesto a que traen su pedido antes que el mío -dije con el mayor aplomo posible. Me miró inexpresiva y sonrió.

- no es costumbre de la casa hacer esperar a los clientes – me respondió con una voz lejana, como si no la hubiera usado en días-, aunque hay que reconocer que hoy se están demorando un poco; agregó más tarde

-entonces viene seguido

Volvió a sonreír y me contestó

- bastante; soy la dueña.

En realidad no había notado ninguna muestra de confianza entre ella y los mozos del lugar por lo que nunca hubiera imaginado que quien estaba allí sentada como un simple visitante ocasional fuera la dueña del restaurant.

-de haberlo sabido le hubiera pedido alguna sugerencia sobre la carta.- sonreí

-en realidad, y aunque suene extraño conozco bastante poco este lugar y cuando vengo prefiero comportarme como un cliente más.

La mujer tendría unos cuarenta años y evidenciaba un aire distraído y despreocupado que me recordó al de las artesanas que venden sus productos en las calles y plazas de la ciudad mientras sueñan con una vida en la naturaleza.

Con una parsimonia un tanto anticuada me invitó a sentarme a su mesa y me dijo que se llamaba Laura. Mientras lo hacía me di cuenta de que era una de esas personas que empiezan a parecernos bellas al rato de estar con ellas.

-en realidad ser el dueño de algo es siempre una responsabilidad, no?, - dije prosiguiendo con la conversación- yo no poseo bienes materiales de valor y ando bastante bien así

Con el mismo aire distraído con que comenzara la charla me respondió:

- en realidad nunca conseguí sentirme satisfecha con los bienes que poseo. Sé que a algunas personas les alcanza con saber que han logrado acumular cierto capital. No es mi caso... quizás sea una inconsciente.

- ¿y considera a eso un defecto?

- No sé – me respondió. A veces tengo la impresión de que es un gesto de irresponsabilidad llevar tan livianamente lo que a otros tanto les pesa.

- Yo sin embargo encuentro que es una cualidad indudable; la misma que distingue a los artistas ... en su desapego por lo vano y circunstancial
- ¡No!, rió- , si me has confundido con una artista debo decirte que tu intuición ha fallado. Estos cuando no están enfermos de esnobismo lo están de soberbia y ambas cosas me son igualmente ajenas.

Reímos juntos.

- ¿y vos a qué te dedicás? - Me dijo con un interés que intentaba parecer genuino.

- Soy maestro, le respondí,- mencionando mi anterior ocupación. Preferí no abordar el asunto de mi actual profesión para evitar explicaciones; eso me hubiera hecho volver al tema del que quería tomar distancia. La charla se estaba tornando interesante y no quería distraerla con cuestiones demasiado personales.

Se quedó pensando en lo que le había dicho. Más tarde agregó:

- Tenés cara de artista; quizás podrías ser escritor.
- Bueno, en realidad prefiero disfrutar de la literatura como un simple y apasionado lector.
- Mmmm, sinceramente no creo que haya que tomar demasiado en serio a la literatura. Pocos poetas saben realmente de la vida ...
- No lo creo, le respondí- Kafka, Borges, Hemingway demasiado encierran para que solo sean un placer pasajero.

Mi respuesta motivó una risa que no se preocupó de disimular. Pensó un instante y dijo:

- Definitivamente tenés algo de artista. Solo ellos creen que el arte es indispensable para la vida; y lo creen luego de haberse convencido de ello; y peor si tenés talento. La experiencia me enseñó a sentir algo de pena por aquellos que aparecen ante todos como dichosos de sí mismos. Creo que sus lágrimas deben ser mucho más amargas que las del resto...

Se abrió un nuevo silencio. La observé. Seguía imperturbable, lejana como cuando iniciamos la conversación.

Cuando terminamos de comer yo mi carne al horno y ella un enorme plato de pastas que engulló con notable facilidad, me dijo que tenía que irse y entonces me ofrecí a acompañarla unas cuadras. Aceptó divertida.

Cuando salimos me di cuenta de que no tenía un destino fijo. Además, al bajar a la vereda, vi que estaba descalza. Curiosamente este detalle no me molestó en ella como sí lo hacía cada vez que veía a una mujer echar mano a ese vulgar recurso para mostrarse distinta o liberada. Es más, el estar descalza acentuaba aún más la sensación de que un halo protector la rodeaba poniéndola más allá de los peligros cotidianos.

El frío de la calle nos obligó a detener nuestra charla. Además las paredes en penumbra, las puertas cerradas y los autos oscuros

estacionados al costado de la vereda imponían un particular recato acentuado por la oscuridad que reinaba en las calles. Caminamos en dirección a la avenida.

Desde sus confusas veredas vi algo extraño que en principio no pude precisar. Al acercarme distinguí a una mujer subida a un árbol, ubicada de pie entre las ramas más bajas. Estaba como ocupada en un asunto muy personal que la abstraía por completo. Mis ojos fueron de ella al color de los lapachos florecidos. En la semioscuridad de la avenida las copas de los árboles se veían como incandescentes; -en verdad despedían una luz velada que, al entrecerrar los ojos, las convertía en esponjosas pompas flotantes-. La mujer hilvanaba desde su árbol un discurso ilegible que de tan doliente se había vuelto lejano, inhumano. Cuando miré a mi lado para preguntarle a Laura si antes la había visto ya se había adelantado unos metros. Cuando la alcancé le pregunté si conocía a la mujer a lo que respondió con un breve gesto de hombros para luego reanudar la marcha.

Me preguntó si quería seguirla hasta el puerto; asentí sospechando que algo inesperado e interesante pasaría.

Me di vuelta por última vez para ver a la mujer del árbol. Me miró con una sonrisa en los labios y el gesto indescriptiblemente esclarecido de los dementes.

Ya íbamos en dirección del puerto.

El mismo, al que creía habitado de noche por delincuentes o menesterosos, resultó ser un lugar lleno de un encanto antiguo y solemne. Las altas paredes y las torres de sus galpones se convertían de noche en refugios que disparaban la imaginación y ofrecían abrigo en la noche invernal. Un enorme murallón ocultaba al río que sabíamos detrás pero que permanecía quieto y silente, como si estuviera lejos.

Abrimos el portón hecho de alambre y caño y empezamos a andar por un corredor ubicado entre dos construcciones que se perdían en la oscuridad del embarcadero. A su lado dormían dos rieles un poco más pequeños que los del ferrocarril. Me extrañó que no hubiera nadie cuidando la puerta.

Mientras caminábamos comencé a percibir el eco espaciado de las olas rompiendo en el cemento.

Estoy seguro de que hablamos de algo pero no recuerdo sobre que. Solo recuerdo nuestras palabras mezclándose con los ruidos de la noche.

Nos detuvimos frente a una puerta que estaba abierta unos quince centímetros. Una tenue luz, perceptible a una distancia menor a un metro sobre la vereda arrastró mi mirada hacia el interior. Se trataba de un salón del que no puedo precisar sus dimensiones pero diría que era más bien amplio.

Al acercarnos sentí un ruido seco e incisivo seguido de un sonido de pequeñas piezas que caían como en livianas cascadas. Entramos. Allí mismo, y desde el centro de la sala, un hombre llevaba a cabo una curiosa tarea... La misma consistía en tomar enormes libros reunidos en montones desparramados por la habitación y luego de ponerlos sobre una rústica mesa de madera les descargaba un golpe con una especie de maza de madera deshaciéndolos en pedazos. En el tiempo en que lo vi desarrollar ese extraño trabajo no falló un solo golpe; luego del mismo las hojas caían como si fueran plumas de un inerte animal alado. Con cada libro que el hombre desmembraba, la sala se poblaba de voces; como de gritos fantasmales parecidos a suspiros. Eran sonidos hechos de polvo que se liberaban, se soltaban y ganaban el aire buscando el exterior. Me parecieron voces que venían de todos los tiempos y que volvían a la atmósfera luego de su añoso cautiverio. Con los primeros sonidos pegué un salto hacia fuera deseando que el hombre no me hubiera visto.

Laura estaba afuera esperándome. Al verla mi actitud fue de interrogación. No obstante, la sorprendente naturalidad que se advertía en ella y una extraña sensación corporal me confundieron. Sentía a mi cuerpo como más grande, como si pudiera percibir cada centímetro de epidermis. Era placentero a pesar de que mi conciencia me indicaba lo curioso del paseo. Creo que pregunté si conocía al hombre y qué estaba haciendo. Lo hice intentando disimular el fastidio que comenzaba a producirme su falta de explicaciones. Ella reanudó la marcha evidentemente interesada en que la siguiera por el delirante recorrido.

La segunda puerta estaba cerca. No sabía que hacer. Estaba claro que mi compañera algo ocultaba; además pensé que no podía permitir que nadie me empujara de manera totalmente inconsulta a un paseo de tales características. Por otra parte el temor inicial empezaba a tornarse curiosidad.

Laura ya había cruzado la segunda puerta. Esta vez preferí quedarme fuera y mirar desde la penumbra.

Lo primero que percibí fue un sonido de escobilleo. Cuando me asomé vi que en la recámara, de similar tamaño a la anterior, un grupo de personas se movía al unísono.

A medida que se acercaban al centro de la sala las personas iban dejando caer todo lo que llevaban encima. Así abandonaron sus billeteras, los abrigo, las prendas pequeñas, y los zapatos.

En el momento en que todos estuvieron casi desnudos empezaron a danzar de un modo extraño y con movimientos espasmódicos. Levantaban los brazos de manera aparentemente descontrolada para luego sacudir las piernas, el abdomen, la espalda. Supuse que se trataba de una ascesis mística o de una curiosa forma de danza. En un momento los cuerpos comenzaron a entrelazarse en movimientos cada

vez más plásticos y calmos para convertirse en suaves desplazamientos que describían círculos en el piso y luego en el aire. Primero lo hicieron a poca distancia del suelo y luego sobre las paredes, el centro de la sala y el techo. En la indescifrable coreografía, que ahora se había vuelto serena y placentera las personas ocupaban todo el espacio de la sala. De pronto uno de ellos desaparecía, como tragado por algún agujero del techo, mientras los demás proseguían. Evidentemente por algún lado abandonaban la sala, aunque no pude descubrirlo.

Luego de mirar la escena por un par de minutos decidí que allí había terminado mi recorrido por esa noche. Laura, probablemente adivinando mi intención me sostuvo de la mano y dijo que me mostraría la última puerta.

Me negué. Aún no había asimilado lo que acababa de ver, ni siquiera de descifrar su naturaleza. Quería volver y buscar la salida, y así lo intenté pero al darme vuelta me encontré con la oscuridad más absoluta. Era como si el abismo comenzara precisamente en mis pies. Del otro lado ella me esperaba con gesto impaciente. Al final del pasillo encerrado entre la pared y la noche, efectivamente se encontraba la última puerta.

Al revés de las otras dos en esta lo primero que percibí fueron sonidos claros y potentes; expresiones humanas que se mezclaban en el aire; voces intensas, que iban del llanto a la risa con una profundidad desconocida. Cuando estuve frente a la puerta un grupo de hombres y mujeres gesticulaba, se comunicaba mediante sus voces aunque no usaran un lenguaje conocido. Más bien parecían estar reproduciendo un rito de la prehistoria. Sus voces lo decían todo a través de gemidos o susurros; cada uno cargado de hondos significados. A veces sonaban todos juntos, otras el canto era encadenado.

Voces y hombres eran lo mismo. Cada uno detrás de la suya y delante, el otro. No había barreras entre ellos. Solo el verbo expresando el alma. Nadie se dirigió a mí y sin embargo sentí que cada sonido resonaba en mis entrañas prescindiendo de la conciencia.

Al salir comprobé que la galería efectivamente terminaba en ese último salón y que luego de la escalera había un sendero que conducía directamente al río. Caminé en esa dirección. Laura me dejó ir en silencio.

De noche el río era un enorme animal negro, indómito y bravo, con el encanto de las bestias a las que nos acercamos temerosos a la vez de dóciles, como esperando sentirnos aceptados por ellas.

Atravesé la orilla y me fui internando de a poco en el agua oscura.

Una vez que todo mi cuerpo estuvo sumergido busqué recostarme sobre el lecho del río.

En el que probablemente fue un instante y a mi me pareció una vida entera, ya sumergido sentí que mis brazos se alargaban llegando hasta la otra orilla. El río, al que había visto mil veces desde la costa, ya no tenía secretos para mí.

Totalmente en calma sentía a mi cuerpo cubrirse del barro quieto y suave de la orilla.

Cuando estaba por abandonarme a la corriente sentí una fuerza extraña que me jalaba hacia fuera. Presuroso pude hacer pié y, ayudado por las algas, resistí la correntada. Primero asomé la cabeza y luego, con mucho esfuerzo, el resto del cuerpo.

Fuera del agua el intenso frío me comprimía el pecho y el cráneo de manera brutal.

De vuelta en la orilla comprobé que, antes de sumergirme me había despojado de la campera. Casi paralizado por el frío la busqué con la vista y me la puse lo más rápidamente posible. De a poco fui recobrando la movilidad y con ella algo del calor perdido en el agua.

En ese momento me sentía completamente lúcido, con una inteligencia plenamente despierta, como hacía mucho no sentía.

Calculé la distancia que me separaba de la casa y pensé que podría recorrerla incluso antes de que mi mujer llegara.

Revisé los bolsillos de mi pantalón mojado; por suerte las llaves aún estaban ahí.